

El Fuerte de San Diego en Acapulco: guardián del puerto

Las grandes hazañas marítimas que se realizaron a finales del siglo xv fueron impulsadas por factores económicos: alcanzar, por el camino del oeste, las famosas Indias que atraían a los comerciantes por sus codiciadas riquezas en metales preciosos y sedas, así como la búsqueda de materias primas, el deseo de ampliar mercados y el interés de encontrar el camino más corto al lugar de la especiería. Estos factores propiciaron que Cristóbal Colón llegara en 1492 a las tierras que él creyó pertenecientes al Extremo Oriente y que había alcanzado por el occidente. El interés despertado por sus viajes impulsó la organización de nuevas expediciones hacia esos territorios.

En 1498, Vasco de Gama, rodeando el sur de África, descubrió la ruta marítima entre Europa y la India, con lo que inauguró una nueva vía para el comercio. Posteriormente, con la idea de que Colón había encontrado otro continente, surgió la necesidad de un paso franco para continuar la ruta hacia las tierras de la especiería y, en septiembre de 1513, Vasco Núñez de Balboa, gobernador de Castilla del Oro, en el istmo centroamericano, descubrió el océano Pacífico: se internó por la selva panameña y vislumbró desde las alturas la vastedad del océano, la Mar del Sur, y tomó posesión del mismo en nombre de los reyes de España.¹

Para 1519, Fernando de Magallanes, fiel a las ideas de Colón, concibió el proyecto de buscar nuevas rutas para la India, organizó la primera expedición que dio la vuelta al mundo, descubrió el estrecho que lleva su nombre y surcó por primera vez el océano Pacífico de este a oeste, en toda su extensión. En su travesía transpacífica, descubrió las Islas Marianas y, en marzo de 1521, llegó a las Filipinas, a las que les dio el nombre de Islas de San Lázaro.² Ahí murió, a manos de los nativos, en ese mismo año. Pero

¹ Miguel Ángel Fernández, *La Nao de China*, México, Grupo Vitro, 1998, p. 17.

² Marita Martínez del Río, "El Galeón de Acapulco", en *El Galeón de Acapulco*, México, INAH, Castillo de Chapultepec, 1988, p. 70.

la expedición continuó al mando de Juan Sebastián Elcano, quien dirigió la escuadra de Magallanes, visitó las Indias Orientales, atravesó el océano Índico, dobló el cabo de Buena Esperanza hacia el oeste, tomó rumbo al norte y, a bordo de la nave Victoria, regresó a España el 6 de septiembre de 1522, después de haber dado la primera vuelta al mundo. Por primera vez en la historia de la humanidad se tenía un retrato fidedigno del tamaño y forma de la Tierra.³

El éxito de la expedición de Magallanes-Elcano impulsó a la corona española a continuar la búsqueda de esa ruta. Con este propósito, el Estado avaló cuatro expediciones más. La primera expedición salió de España y las otras tres desde México; la última fue la de Miguel López de Legazpi y fray Andrés de Urdaneta, en 1564, que culminaría con la conquista y colonización de Filipinas.⁴ Su colonización se explica por la necesidad española de establecer una posición estratégica en el mundo asiático y por la gran demanda y mercado abierto que ofrecía la distribución de los artículos orientales en el Imperio español.

Las relaciones que España estableció con Filipinas se hicieron a través de Nueva España. La Corona española otorgó la exclusividad del comercio oriental a esas dos regiones: a Filipinas le permitió la participación directa en el mercado asiático y a Nueva España le concedió el monopolio de las mercancías orientales en el continente, al autorizarla como única región americana que podía participar del comercio.⁵

Fray Andrés de Urdaneta ya había hablado de Acapulco; fue el primero en elogiar las magníficas

condiciones del puerto, al que calificó de grande, seguro y muy saludable. “Su situación era también favorable pudiéndosele dotar de un arsenal y dique donde se hicieran navíos, pues a pocas leguas de tierra abundaba la madera.” Todo esto le llevó a elegirlo como el lugar de donde habría de partir y rendir su viaje anual el Galeón de Manila y, durante dos siglos y medio, constituyó uno de los primeros puertos comerciales del mundo.⁶

El comercio transpacífico adquirió importancia a partir del momento en que, atraídos por la plata americana, los mercaderes asiáticos, procedentes de regiones cercanas a Filipinas, principalmente de China, incluso del Medio Oriente, se desplazaban a Manila a intercambiar sus productos.⁷ Durante mucho tiempo, los legendarios galeones que mantuvieron el tráfico ininterrumpido entre Filipinas y Acapulco tomaron el nombre de Nao de la China, Galeón de Manila o Galeón de Acapulco. Cada galeón llevaba enormes cargamentos de mercancías y de plata; el mayor volumen viajaba de Manila a Acapulco, a cambio de la codiciada plata mexicana.⁸

Desde que la corte de España, por cédula real, declaró al puerto de Acapulco como el único autorizado para comerciar con las Filipinas, se pensó en asegurarlo mediante una fortaleza que lo defendiera del peligroso asedio de los piratas y corsarios; por ello el consorcio que sostenía el movimiento comercial entre Asia y América aprovechó esa poderosa razón para pedir la construcción de un bastión que protegiera sus inversiones,⁹ por-

³ Antonio Pigafetta, *Primer viaje alrededor del mundo*, Madrid, Promo Libro, 2003, p. 28.

⁴ Carmen Yuste López, *El comercio de la Nueva España con Filipinas 1590-1785*, México, Departamento de Investigaciones Históricas-INAH (Científica, 109), 1984, p. 9.

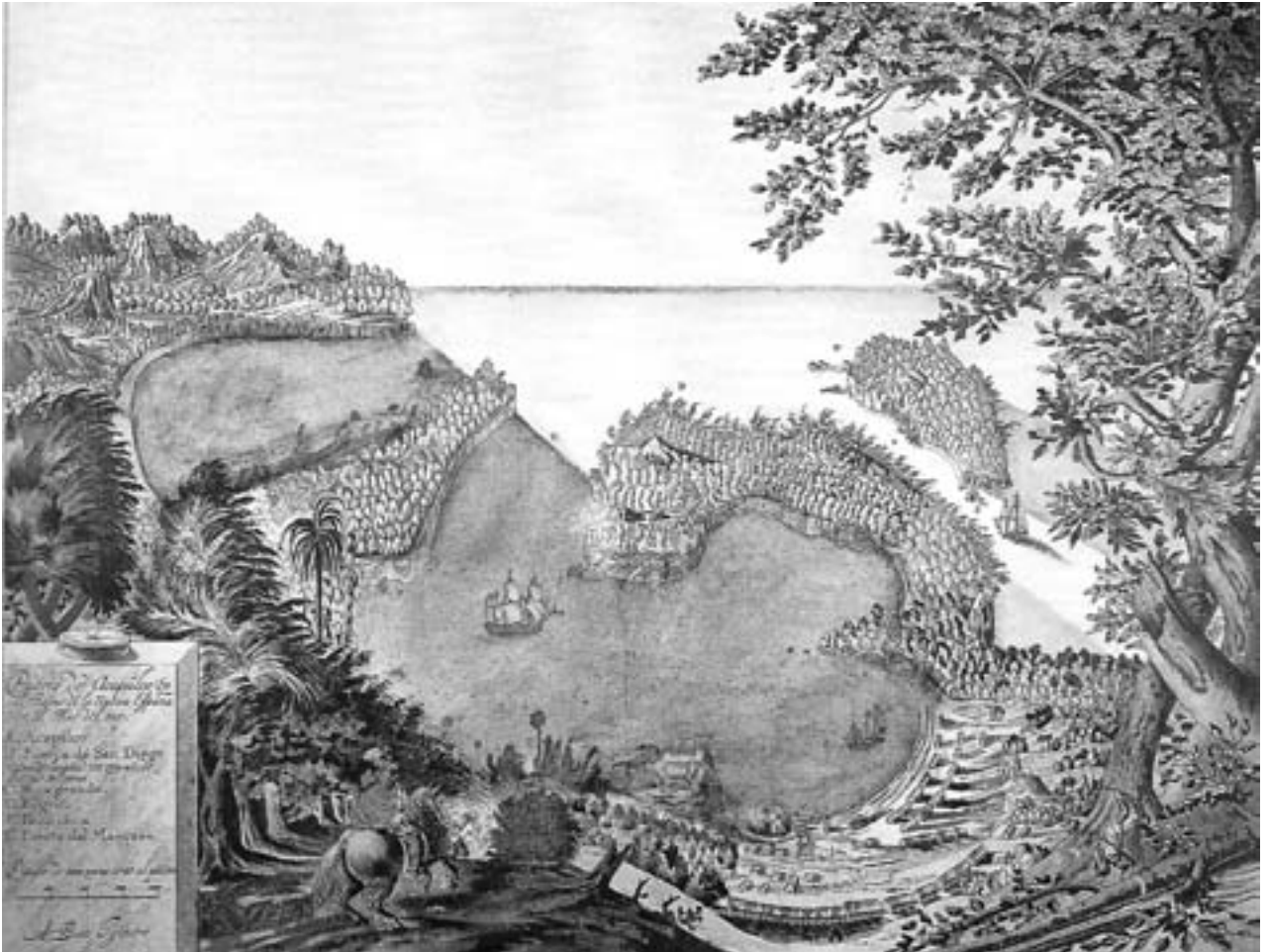
⁵ *Ibidem*, p. 19.

⁶ José Antonio Calderón Quijano, *Historia de las fortificaciones de Nueva España*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-americanos de Sevilla, 1953, p. 321.

⁷ Carmen Yuste López, *op. cit.*, p. 19.

⁸ Gonzalo Obregón (coord.), *El Galeón de Manila*, México, Artes de México, 1960, p. 16.

⁹ Tomás Oteiza Iriarte, *Acapulco, la ciudad de las naos de Oriente y de las sirenas modernas*, México, edición de autor, 1965, pp. 81-82.



Puerto de Acapulco, donde aparece la bahía de Acapulco con el Fuerte de San Diego. Autor: Adrián Boot, 1613. Archivo General de Indias, Sevilla.

que el intenso intercambio y las fabulosas riquezas que transportaban los galeones despertaron la codicia y el interés de otros reinos. Inglaterra (con Francis Drake) y Holanda (con Oliver van Nort y Joris van Speilbergen), entre otros, encontraron en el *Mare Pacificum* un escenario más para disputarle a España sus dominios y hacerse de riquezas en la ruta comercial del Galeón de Manila.

El primer suceso que puso en alerta a las autoridades virreinales acerca de la indefensión en que estaba la costa del Pacífico fue en noviembre de 1587, cuando el corsario inglés Thomas Caven-

dish capturó un galeón impidiendo que su rico cargamento llegara a Acapulco, para aquellos años sede de la feria comercial más importante de Nueva España. Esto apresuró la construcción de un castillo que protegiera el puerto.¹⁰ Las primeras evidencias de algún tipo de construcción militar son un dibujo fechado en 1614 y un grabado del año siguiente, donde se representa una edificación completamente rectangular de

¹⁰ Hugo Arciniega Ávila, "El castillo de San Diego: un vigía silencioso", en suplemento: *Piratas, filibusteros y corsarios en las Américas* de *Diario de Campo*, núm. 31, enero-febrero de 2005, México, CNA-INAH, 2005, p. 7.

mampostería y sin abaluartado,¹¹ que estuvo ubicada donde posteriormente se construiría la primera fortaleza.

En octubre de 1615, una flota holandesa de seis navíos comandada por el almirante Joris van Speilbergen intentó entrar a la bahía de Acapulco. El puerto fue defendido por 30 arcabuceros que vigilaban la costa y lograron hacer huir al enemigo. Por esa razón, el virrey Diego Fernández de Córdoba, marqués de Guadalcázar, quien gobernó la Nueva España en el siglo xvii (1612-1621), encargó al ingeniero holandés Adrián Boot el proyecto y construcción de una fortaleza.

Al llegar a Acapulco, Boot inspeccionó la bahía y, ubicado en las montañas, eligió el *Morro* para su construcción, porque desde aquel punto se ejercía un dominio visual completo y, además, si era agredida desde el mar, esta posición la hacía casi inexpugnable.¹² El arquitecto envió al virrey la propuesta de la planta de una fortificación en forma de pentágono irregular, con cinco baluartes unidos por muros parapetados. La guarnición estaría integrada por 60 hombres. Boot insistía en que “con ella quedaría el puerto bien guarnecido”.¹³

Después de varias discusiones entre el ingeniero y el virrey, pero ante el constante temor al ataque holandés, el proyecto de Boot fue aceptado.

La construcción comenzó en 1615 por la “banda de tierra”, para seguir después con los caballeros que cerrarían la fortaleza, los cuarteles y dependencias.¹⁴ En los primeros seis meses la obra avanzó a buen ritmo: los baluartes del Rey, Príncipe y Duque y sus respectivas cortinas estaban terminados; los baluartes Marqués y Guadalcázar y sus cortinas, de la “banda del mar”, esta-

ban aproximadamente a la mitad de su altura. Boot esperaba tener terminadas ambas bandas para el mes de junio de 1616; sólo quedarían pendientes los alojamientos.¹⁵ En octubre se habían terminado las cortinas y los baluartes de Guadalcázar y el Marqués. Aunque aún faltaban por cerrarse los caballeros del Rey y del Duque; igualmente estaba el revellín¹⁶ y la colocación de las puertas de la entrada.

Para febrero de 1617 ya estaban terminados los cinco baluartes con sus parapetos, cortinas, murallas y terraplenes, la portada, montada la artillería, los almacenes y parte de los alojamientos. En mayo, el virrey marqués de Guadalcázar anunció al rey la terminación total, el 15 de abril, de la Real Fuerza de San Diego, bautizado así en honor del santo patrón del virrey. Adjuntaba un plano y el costo de la obra, que fue de 113 400 ducados.¹⁷

Sin embargo, la edificación no resultó lo que se esperaba, por su deficiente orientación, porque su perfil no era el adecuado y por la mala disposición de sus caballeros. Para corregir estos defectos, la construcción fue sometida a diversas modificaciones. Pero esas deficiencias y su reducida guarnición provocaron que, en 1624, una escuadra holandesa al mando de Hugo Schapenham

¹¹ José Antonio Calderón Quijano, *op. cit.*, p. 325.

¹² Hugo Arciniega Ávila, *op. cit.*, p.7

¹³ José Antonio Calderón, *op. cit.*, p. 326.

¹⁴ Tomás Oteiza Iriarte, *op. cit.*, p. 111.

¹⁵ *Ibidem*, p. 329.

¹⁶ Revellín: Obra exterior de una fortificación que defiende la cortina. *Cfr.* José Enrique Ortiz Lanz, *Arquitectura militar de México*, México, Secretaría de la Defensa Nacional, 1993, p. 281. Revellín es una designación que tuvo su origen en la media luna del frente al abaluartado de fortificación. Al jugar los primeros cañones contra muros de la fortaleza se vio que era preciso cubrir las puertas, colocadas ordinariamente en el centro de una cortina, es decir, entre dos torreones antiguos o dos baluartes modernos. Evidentemente, las primeras obras con este objeto serían ligeras, a modo de *tambor*, *radiante* o *bonete*, entrando luego, como otras exteriores, en combinación con las demás del moderno sistema abaluartado fueron agrandándose, llamándose *medias lunas*.

¹⁷ José Antonio Calderón Quijano, *op. cit.*, p. 331.

tomara temporalmente el puerto, por lo que el virrey Rodrigo Pacheco y Osorio, marqués de Cerralvo, mandó que se realizaran nuevas obras en ese sitio.

Diez años después, el ingeniero Juan de la Torre¹⁸ propuso que se modificara la disposición de ciertos baluartes y que se rodeara el conjunto por un foso, y en 1696 el virrey Gaspar de la Cerda Sandoval Silva y Mendoza, conde de Galve, ordenó la ejecución de las modificaciones debido al incremento del tránsito portuario. En 1766, el ingeniero José González hizo referencia a la vulnerabilidad de la defensa debido a lo bajo de las murallas, la poca consistencia de éstas y además los baluartes no eran funcionales.¹⁹

Por todo ello el ingeniero proponía reparos de urgencia consistentes en: casa del Castellano, cuartel de la bahía, almacenes de pertrechos y pólvora, sala de armas, cuerpo de guardia, cuartel del frente de tierra, cuarto del condestable, capilla, cocina, etc. Se reconstruiría una garita de piedra con figura de mirador para descubrir las inmediaciones del Castillo. El coste de todo ello se presupuestaba en 12 250 pesos y cuatro reales.²⁰

Un terremoto de grandes proporciones tuvo lugar en Acapulco la tarde del 21 de abril de 1776 y causó enormes daños en la ciudad; “vinieron a tierra la mayor parte de los edificios; así como también quedó destruido en su ala sur, el castillo de San Diego [...]”,²¹ por lo que era necesario reedificarlo desde sus cimientos. Al tener noticia de ello, el virrey don Antonio María de Bucareli y Ursúa encomendó al ingeniero español Miguel Constanzó un informe detallado de los daños cau-

sados por el terremoto y el proyecto de una nueva fortificación.

Constanzó llegó a la conclusión de que “aunque costosas las reparaciones era necesario modificar, en buena parte, la estructura del castillo, para así corregir los errores cometidos en su planta primitiva; formuló un plano que alteraba en forma primordial el antiguo fuerte, mejorándolo notablemente”.²² Su proyecto fue entregado a Silvestre Abarca, experto en la construcción de fortificaciones, para que lo estudiara. Éste consideró que se ajustaba a las condiciones especiales del terreno y estaba dentro de los lineamientos requeridos para la construcción de defensas militares como esa; sólo hizo ciertas recomendaciones en cuanto a la altura de la bóveda, materiales por emplearse y otras de menor importancia.²³

Constanzó propuso, entonces, que el nuevo fuerte tuviera forma pentagonal, por ser la más apropiada a las características del terreno. Las ventajas de ello serían:

- 1) distribuir los fuegos que miran a la boca del puerto sobre dos cortinas y dos baluartes, estando las cañoneras en todas las direcciones. 2) colocar un ángulo del pentágono en el cantil de la punta —en que estaría asentada la fortificación—, o lo más inmediato posible a él de tal manera que los costados de la figura puedan ceñir la costa de tal modo que no quedara terreno para los ataques de dos frentes. El pentágono sería irregular en ángulos y costados, por imposición de la costa, atendándose a no dejar terreno para la formación de los ataques, conforme a la idea de que tres de los frentes se hallaban determinados por su respectiva posición, y con los dos otros se podía cerrar la figura arbitrariamente, teniéndose, no obstante cuidado de no cerrar los ángulos muy agudos y las golgas muy es-

¹⁸ Tomás Oteiza Iriarte, *op. cit.*, p. 120.

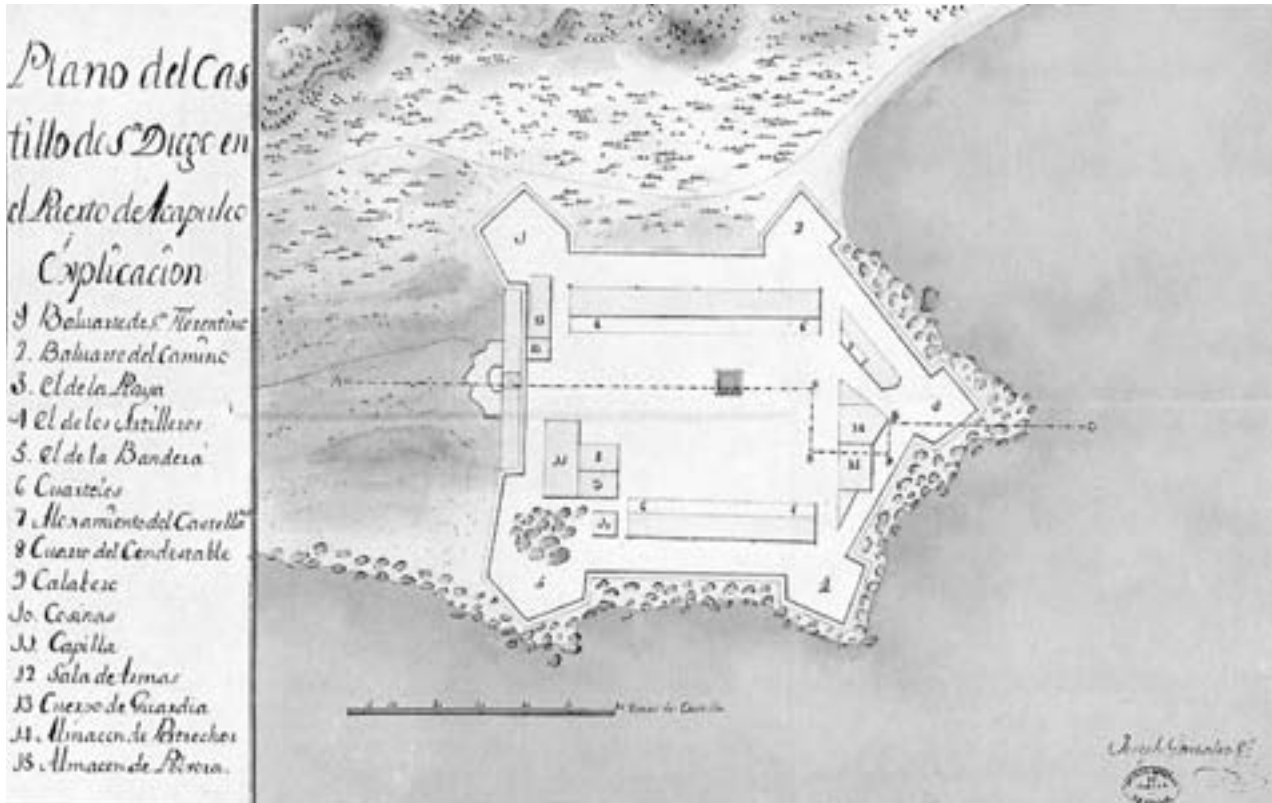
¹⁹ José Antonio Calderón Quijano, *op. cit.*, p. 340.

²⁰ Tomás Oteiza Iriarte, *op. cit.*, p. 143.

²¹ *Idem.*

²² *Idem.*

²³ José García Trueba, *Fuerte de San Diego en Acapulco, Gro.*, México, INAH, 1981, p. 17.



Plano del Castillo de San Diego en el Puerto de Acapulco. José González, 1766. Archivo General de Indias, Sevilla.

trechas [...] La altura de la muralla sería de doce varas y dos pies, con un foso de cinco varas de profundidad, y los sobrantes a prueba de bomba hasta la parte superior de la plataforma, bóvedas de baluarte y cortinas.²⁴

No satisfecho con las opiniones recibidas, el virrey Bucareli consultó a don Manuel Santiesteban sus puntos de vista y quién sería la persona más apta para llevar a cabo las obras. Santiesteban recomendó al capitán ingeniero Ramón Panón quien, informado por el virrey de que el rey había autorizado la demolición de la antigua fortificación y la construcción de otra completamente nueva, se

trasladó al puerto de Acapulco y, sobre el terreno, hizo modificaciones al proyecto de Constanzó:²⁵ sería un pentágono con cinco baluartes regulares —San Antonio, San Luis, La Concepción, San José y Santa Bárbara— agrupados alrededor de una plaza de armas.²⁶

La construcción dio inicio el 16 de octubre de 1778 con las formalidades debidas. El castillo recibió el nombre de San Carlos en honor al monarca español; sin embargo, se le siguió conociendo con su nombre tradicional: San Diego.

La construcción duró cinco años y quedó terminada el 7 de julio de 1783. Su costo sobrepasó los 600 mil pesos. La fortificación

²⁴ José Antonio Calderón Quijano, *op. cit.*, p. 344.

²⁵ Tomás Oteiza Iriarte, *op. cit.*, p. 144.

²⁶ José García Trueba, *op. cit.*, p. 17.



Plano del antiguo y nuevo Fuerte, efectuado hacia 1777 por don Ramón Panón. Archivo General de la Nación, México.

[...] estaba enclavada sobre tepetate vivo [...] Era una fortaleza de piedra viva y alguna cantería y ladrillo; su figura una estrella con cinco baluartes, para poder montar sesenta piezas de artillería, teniendo su vista la mitad para la mar y la mitad para la tierra; tenía cuatro bóvedas grandes con sus galeras, sirviendo dos de ellas para cuarteles de la tropa, otra para guardar los pertrechos y útiles de la artillería, y la otra para cuando había víveres. Además tenía otras ocho bóvedas más chicas, sirviendo una para la guardia principal, otra de almacén de pólvora, otra para depósito de armas y las demás para habitaciones de oficiales. Tenía a más del calabozo y galera para los presos, cocina y dos aljibes para abastecer de agua a más de dos mil hombres por un año [...]»²⁷

²⁷ M. Toro, Lorenzo Liquidano y Manuel de la Barrera, "Noticia estadística del distrito de Acapulco de Tabares, pertene-

Hacia finales del siglo XVIII, el virrey Manuel Antonio Flores envió al ingeniero Manuel Agustín Mascaró para reconocer la artillería del castillo y ver qué obras necesitaba el puerto.²⁸ Éste propuso algunos trabajos en la fortaleza, como arreglar el terraplén de la parte norte de la explanada, reparar el puente levadizo, los parapetos y el almacén de pólvora y construir un nuevo aljibe. En junio de 1792, el virrey Juan Vicente Güemes Pacheco y Padilla, segundo conde de Revillagigedo, autorizó que se hicieran las reparaciones más urgentes. Como las propuestas por Mascaró resultaron demasiado ambiciosas, el virrey determinó que se hicieran sólo aquellas que conservaran en buen estado el edificio sin ocasionar mayores gastos. Así, en 1794 se terminaron las obras del puente levadizo, puertas de la surtida y rastrillo, con un costo de 1 418 pesos. Quedaron pendientes otras reparaciones, pero el cambio de gobernante retrasó el envío de un ingeniero a Acapulco.²⁹

En febrero de 1791, el navegante Alejandro Malaspina hizo una escala en Acapulco con sus corbetas *Atrevida* y *Descubierta* como parte de su expedición científica alrededor del mundo. Francisco Xavier de Viana, el oficial de Marina de la expedición, describió al Fuerte de San Diego como

[...] de figura pentagonal, fabricado a toda costa [...] consta de 60 cañones y en la muralla del foso puede contener una batería de barbeta hasta el número de 86 del mayor calibre. Lo guarnece una compañía de infantería fija, compuesta de capitán, teniente, subteniente, 77 individuos de plaza y 30 de artillería, al cargo de un alférez del mismo Real Cuerpo [...] de suerte que provisto de todos sus utensilios,

ciente al estado de Guerrero", en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, t. VII, México, 1859, pp. 407-428, cit. por José Antonio Calderón Quijano, *op. cit.*, p. 351.

²⁸ Miguel Ángel Fernández, *op. cit.*, p. 101.

²⁹ *Ibidem*, p. 102.

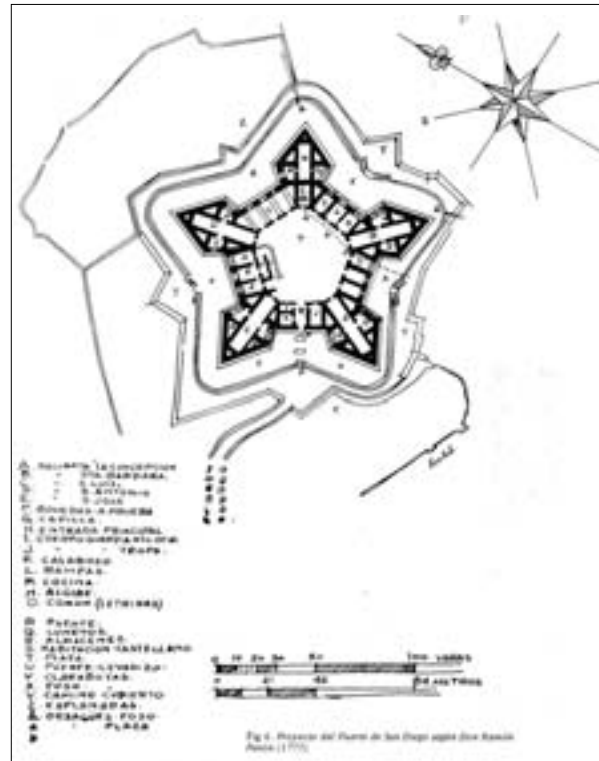
es tan respetable como necesario un sitio para su rendición [...]»³⁰

En marzo de 1796 llegó a la Nueva España el virrey Miguel de la Grúa y Salamanca, marqués de Branciforte, quien comisionó a Juan de Camargo y Caballero para realizar las obras de reparación en el Fuerte de San Diego. Miguel Constanzó, quien durante mucho tiempo participó en ellas, insistió en que se hicieran sólo las que afectaban el interior del edificio y se suspendieran las extramuros. Sin embargo, se siguieron realizando obras de construcción, reparación y conservación, casi de manera ininterrumpida, hasta los primeros años de la guerra de Independencia.

En 1801 se llevaron a cabo trabajos en “las aspilleras del calabozo en donde estaban los presos, el asiento del lugar común y el caño de su desagüe.” Tres años después, se hicieron cureñas nuevas e importantes reparaciones en los parapetos del castillo, el almacén de pólvora y el puente levadizo.³¹

En el lapso que va de 1689 a 1812 el fuerte estuvo al mando de 18 castellanos, cuyo puesto recibían el nombre de Teniente General de las Costas del Mar del Sur y el cargo de Justicia Mayor o Gobernadores del puerto.

Al iniciarse la guerra de Independencia, el fuerte fue escenario de una notable acción. El Generalísimo José María Morelos y Pavón, caudillo del sur, recibió órdenes de don Miguel Hidalgo y Costilla de organizar la campaña y tomar Acapulco. Después de tomar Chilpancingo, Chilapa y Tixtla, Morelos logró bloquear el puerto por tierra, pero no por el mar, que era por donde recibían los víveres los realistas del fuerte.³² El 6 de



Proyecto del Fuerte de San Diego, según don Ramón Panón (1777). Archivo General de la Nación, México.

abril de 1813, Morelos inició el ataque contra el puerto, posesionándose del cerro de la Mira, pero fue hasta la noche del 20 de agosto cuando, después de un prolongado sitio, la guarnición del castillo de San Diego se rindió y la bandera azul y blanca de los insurgentes ondeó en el fuerte.³³

Para celebrar la victoria, Morelos autorizó la realización de un banquete. Uniformado de gala, como sus generales, brindó con esta frase: “¡Que viva España, sí, pero España hermana y no dominadora de América!”. El valor y la lealtad de aquellos oficiales que siguieron a Morelos bien merecían un banquete que, al parecer, fue preparado en la cocina del Fuerte de San Diego.³⁴

³⁰ *Ibidem*, p. 103.

³¹ *Ibidem*, pp. 103-104.

³² José García Trueba, *op. cit.*, p. 31.

³³ Miguel Ángel Fernández, *op. cit.*, p. 104.

³⁴ José García Trueba, *op. cit.*, p. 39.

A manera de conclusión podemos mencionar una serie de consecuencias generadas por la construcción de fortificaciones. Por un lado, el efecto revitalizador que éstas tuvieron en las zonas geográficas en que fueron instaladas; por otra parte, la concentración de recursos, tropa e implementos militares en poblaciones que poseían pocos habitantes, como Acapulco.

Para los pobladores del puerto, la construcción del Fuerte de San Diego significó una fuente de trabajo, ya que exigió mano de obra, abastecimien-

to cotidiano de víveres y de materiales de construcción.

El castillo de San Diego formó parte del sistema defensivo de la Corona española en el litoral del océano Pacífico y fue símbolo de protección a los galeones que arribaban al puerto de Acapulco al final de sus viajes de tornavuelta desde Manila. Significó seguridad y poder frente al acecho de los piratas y las armadas extranjeras ya que, aunque parezca increíble, nunca fue tomado por los piratas.

